

son tres, y reduciéndolos otros á once. Nosotros creemos que no puede establecerse en esta parte ninguna teoría fija, y que se necesita estar á observaciones mas profundas y á principios mas generales. Son las pasiones las mismas en todos los hombres, y lo son en todas las situaciones de un mismo individuo. Las tonemas iguales en la juventud y en la vejez. La raxon y la experiencia nos dicen que no y que en la edad adelantada y con el tiempo de nuestras

CAPITULO XII.

ojos el velo de ilusión á cuyo través miráramos todas las cosas, experimentamos un sentimiento de duda, de incertidumbre y hasta de enojo, al acordarnos de las pasiones que sentimos en nuestros verdes años y de que ya no nos queda mas que una remanencia débil y desconocida. Son las mismas las pasiones en la prosperidad y

Mas sobre la parte de afectos.

No se crea que la emocion debe producirse solo en el lugar que como principal le hemos señalado. A él pertenece casi siempre; pero no de una manera esclusiva. Conviene con frecuencia ir derramando en el discurso algunos golpes de pasion en los lugares que la admiten, para despertar asi la sensibilidad que despues debemos acudir de un modo fuerte y violento, y allanar el camino que mas tarde habremos de cruzar con paso tan seguro como osado y veloz.

Mas si el orador parlamentario necesita en casi todas sus arengas escitar la emocion del auditorio, menester es que para ello comprenda bien su secreto, y aquí tenemos que entrar en una indagacion puramente filosófica.

Aristóteles explicó detenidamente las pasiones que son la fuente de toda emocion, y sus partidarios han disputado con calor acerca del número de aquellas de que el orador puede sacar partido, queriendo unos que fue-

que por último adquirir por completo su dominio y que de sin ningún género de temor abordar la tribuna y decir parodiando una frase conocida: "Y yo tambien soy pintor."

CAPITULO XIII.

que se crea que la emocion debe producirse solo en el lugar que como principal le hemos señalado. A él pertenece casi siempre; pero no de una manera esclusiva. Conviene con frecuencia ir derramando en el discurso algunos golpes de pasion en los lugares que la admiten, para despertar asi la sensibilidad que despues debemos acudir de un modo fuerte y violento, y allanar el camino que mas tarde habremos de cruzar con paso tan seguro como osado y veloz.

Mas si el orador parlamentario necesita en casi todas sus arengas escitar la emocion del auditorio, menester es que para ello comprenda bien su secreto, y aquí tenemos que entrar en una indagacion puramente filosófica. Aristóteles explicó detenidamente las pasiones que son la fuente de toda emocion, y sus partidarios han disputado con calor acerca del número de aquellas de que el orador puede sacar partido, queriendo unos que fue-

sen trece, y reduciéndolas otros á once. Nosotros creemos que no puede establecerse en esta parte ninguna teoría fija, y que se necesita estar á observaciones mas profundas y á principios mas generales. ¿Son las pasiones las mismas en todos los hombres? ¿Lo son en todas las situaciones de un mismo individuo? ¿Las tenemos iguales en la juventud y en la vejez? La razón y la esperiencia nos dicen que no, y que en la edad adelantada y sombría en que el tiempo arranca de nuestros ojos el velo de ilusion á cuyo través mirábamos todas las cosas, experimentamos un sentimiento de duda, de lástima y hasta de enojo, al acordarnos de las pasiones que sentiamos en nuestros verdes años, y de que ya no nos queda mas que una reminiscencia fria y desconsoladora. ¿Son las mismas las pasiones en la prosperidad y en la desgracia? Tampoco; porque la opulencia suele extravaiar la razon y hacer al corazon insensible, alejándolo de los objetos que pudieran conmooverlo, en tanto que la desgracia afina y purifica el sentimiento por la larga costumbre de padecer, en la que tienen que vibrar de continuo todas las cuerdas de la sensibilidad. Aun en la misma persona y en la misma situacion, esta sensibilidad y las pasiones varían á cada paso. A fuerza de recogimiento, de estudio y de meditaciones, podrá un hombre formar su carácter y llegar á creerse superior á los demas, y aun incapaz de ceder á los estímulos de que son juguete los que ven todavia las cosas con ojos mas apasionados. Pues bien: en esta situacion en que la vanidad proclama su triunfo, y en que el filósofo ascético se cree fuera de los peligros comunes y se dá á sí propio la medida de un gigante, un rayo de luz que le baña repentinamente, una dulce armonía que le sorprende, la vista de un valle en una tarde deliciosa, el canto

de un pájaro que trae á sus oidos un sentido trino de amor, bastarán para hacerle caer del trono en que se habia encumbrado, y para volverle á colocar á la altura de los hombres á quienes despreciaba, si es que no le pone á nivel de los mas pigmeos. El alma y el corazon tienen sus instintos, sus misterios y hasta sus caprichos. No intentemos comprenderlos, porque su regla es una escepcion continua, y contentémonos con observarlos y calcular sus resultados, á fin de sacar algun provecho de nuestras generales investigaciones.

El placer y el dolor, el amor y el odio son los dos grandes sentimientos y los dos grandes afectos que el orador debe poner en juego cuando se propone producir en su auditorio una emocion viva y profunda.

A este solo punto vienen á parar todas las complicadas teorías que la profundidad del talento ha sabido fijar para dar nombre y clasificacion á las pasiones humanas miradas como agentes invisibles de nuestra voluntad: mas él basta á trazarnos una ruta segura, sin que necesitemos entrar para perdernos en tan intrincado laberinto, ni interrogar inútilmente al oráculo de los misterios.

El orador debe procurar en la parte patética identificar con su sentimiento el sentimiento del auditorio. Este es su fin; y al echar mano de los medios de que se vale, no debe olvidar que las pasiones y la sensibilidad tienen diferente medida en cada uno de los que le escuchan, por lo que es necesario que su pasion, si ha de encontrar eco en todos los corazones, se acomode á la pasion de todos, les hable un lenguaje comun, y se les trasmita de un modo y con unas formas que á ninguno puedan ser estrañas ó desconocidas. Lo mismo deja de darse en el blanco cuando el tiro se dirige muy alto, que

cuando se deja demasiado la mano haciéndole caer á nuestros pies. La pasión muy elevada se escapa á los hombres comunes para quienes pasa sin ser advertida, porque no están al alcance de tanta espiritualidad ni de tanto idealismo; y la pasión revestida de formas vulgares, no es realmente pasión ni contagia, ni conmueve, ni inflama á los corazones elevados, acostumbrados á habitar en otra atmósfera mas pura y mas sutil en que está la región dichosa de sus concepciones y de sus ensueños. Por esto es necesario que el orador calcule y enfrene su pasión hasta el grado en que sea para todos accesible: es necesario que él mismo no sea dominado tínicamente por su entusiasmo, porque el momento en que el orador pierde el dominio de sí propio, pierde también el dominio de cuantos le escuchan. El jinete corre velozmente y con seguridad mientras dirige con mano firme y maestra las riendas del caballo á quien deja lanzarse con todo su empuje en la carrera; pero desde el instante en que abandona aquella rienda es arrastrado, y se estrella ó se despeña.

Hemos dicho que todo el secreto de la parte patética está en escitar la sensibilidad: mas es necesario que no se descubra el arte, ó que el orador trabaje deliberadamente para conseguir este objeto; pues bastaria que se conociera que su estudiado designio era conmover para que nadie se conmoviese. Es preciso, pues, que el corazón se sienta herido sin saber por dónde le ha venido el golpe, y que lo reciba como la consecuencia natural de un sentimiento espontáneo que á todos alcanza, y no como el resultado de una intención calculada.

Para que el efecto sea infalible, se hace indispensable que haya fundamentos de razón en el discurso, porque la voluntad sigue siempre á los impulsos y á los con-

sejos del entendimiento, y solo por su vía se llega hasta el corazón. Este último no sale de su inercia habitual sino escitado por un estímulo poderoso: la parte de afectos es el lugar particularmente reservado para obrar sobre estos resortes; pero cuando la razón no se ha rendido antes á la fuerza de las demostraciones, la peroración y el entusiasmo que revela, se miran como un fuego artificial que á nadie alucina, y el orador que lo ostenta, es calificado como un astuto seductor. Por eso no cabe en todos los discursos el periodo animado y vehemente de que nos estamos ocupando. Se necesita para emplearlo que el asunto lo requiera, y por esta razón se ha dicho que la emoción debe tener un principio cierto, probado, y grave.

Cuídese mucho de no incurrir en exageración en el patético. Su fundamento debe ser siempre la verdad y la razón, si bien presentadas con mas vivo colorido y con las formas valientes que puedan herir con mas viveza é intension á las imaginaciones. Cuando la base del patético no es la verdad, falta la convicción de que arranca siempre el entusiasmo; y el orador es escuchado con indiferencia compadeciéndole como á un delirante, ó despreciándolo como á un impostor que aspira á engañar.

Pero aunque el patético descansa en la verdad y pueda por ello producir todo el efecto que el orador se propone, debe éste cuidar mucho de no prolongarle en demasía, si quiere que la impresión no se entibie y decaiga. La tensión del alma de los que escuchan es en estos momentos violenta y extraordinaria, y nada extraordinario y violento se sostiene por mucho tiempo sino difícil y penosamente. Que no se insista, pues, demasiado en el patético, si no se quiere que los cortos instantes

de una prolongacion inconsiderada se paguen con perder todo el fruto que se habia hasta entonces felizmente recogido.

El orador debe manifestar con señales visibles que siente aquello que dice: pues si en medio de su acalorado lenguaje se le ve frio ó indiferente, seguro es que á nadie logrará conmovér. El semblante, los ademanes, la accion toda, deben estar en armonía con las palabras, y solo cuando se obra esta alianza y esta uniformidad completa, es cuando del conjunto del cuadro parten las corrientes eléctricas que se apoderan de los corazones, que los agitan, los exaltan, subyugan las voluntades despues de haber cautivado al entendimiento, y transportan al hombre fuera de sí mismo. Pero entregándose por entero al sentimiento para acomodar á él no solo el lenguaje sino la accion toda, debe ponerse gran cuidado en no incurrir en afectacion. Desde el instante en que ésta se trasluce, todo se pierde: la elevacion cambia en una escena risible, y el sublime degenera en ridículo. Por eso hemos aconsejado que no se imite ni se muestre el orador cuidadosamente atendido á la observancia de determinadas reglas: que se entregue á la naturaleza, seguro de que ella le inspirará las palabras, las imágenes, el ademan y la accion mas adecuada y conveniente.

En este período del discurso mas que en ningun otro, se necesita evitar hasta la mas pequeña distraccion. En las demas partes de una arenga una distraccion se repara bien pronto sin que se conozca, reanudando el argumento ó relacion tranquila de que el orador se ocupaba. La memoria acude á sus archivos, y en ellos encuentra bien pronto la idea que un accidente habia hecho desaparecer. Pero en la peroracion ó parte de afectos su-

cede otra cosa. No se trata en ella de un pensamiento cuyo recuerdo haya huido por un instante, y que vuelva á encontrarse con mayor ó menor prontitud. Lo que sucede, lo que se advierte, lo que desde luego se repara, es que el calor del orador ha decaido cuando debia ir en aumento, que su llama se debilita ó apaga; y entonces el auditorio se enfria con él, experimenta una postracion mas ó menos pasagera, pero siempre penosa, y dificilmente recobra el tono, la elevacion y el entusiasmo que antes sentia. El orador habrá imitado al instrumento que se desafina súbitamente cuando en él se tocaban los aires mas brillantes y sublimes, que aunque bien pronto vuelva á la oportuna entonacion, no alcanza á hacer olvidar con sus nuevas armonías el desgraciado paréntesis en que faltó su vibracion poderosa, ni la estrañeza y disgusto que causó tan inesperada novedad.

Mas al hablar de la animacion constante que debe tener la parte de afectos y que se pierde hasta por la mas insignificante pequeñez, debe recomendarse mucho que se cuide de las palabras, porque perjudica en sumo grado la eleccion de una sola que no sea proporcionada á la magestad y calor que entonces tiene el discurso. Ya hemos dicho que sometiéndose dócilmente el orador á la naturaleza y al entusiasmo, éstos le presentarán los pensamientos, los rasgos, las imágenes, y hasta las voces. Mas entre ellas puede venir alguna que sea baja ó no correspondiente á la dignidad del objeto y de la peroracion, y debe desecharse desde luego, porque si se tiene la ligereza de pronunciarla, se écha con ella una fea mancha sobre el cuadro que se estaba pintando, el auditorio lo repara con sumo disgusto, y experimenta la impresion de repugnancia que se siente cuando se ve á una persona vestida con esquisito gusto y con un traje

de gran valor, pero entre cuyas prendas se descubre una de ínfima calidad ó destrozada. En estos períodos de arranques y de trasportes, el orador no debe ir á caza de conceptos ni de palabras, porque todo se le presentará sin que lo busque; pero debe tener prudencia y tacto en lo que elija, si no quiere arriesgarse á que una fatal inadvertencia destruya en una sola voz todo el efecto que antes habia producido. Y no solamente esto: debe tambien cuidar mucho (y esta ventaja solo la dá la costumbre y el oido que con ella se educa y afina) de no colocar las palabras de una manera áspera y dura, cuyo inconveniente se evita con solo anteponer ó posponer una voz á otra. La peroracion en las arengas parlamentarias participa hasta cierto punto de la índole y delicadeza de la poesía, y si bien el anteponer inoportunamente una palabra no altera como en esta última la medida oral del verso, produce una pronunciacion y un sonido difícil, que es si no una mancha, un feo lunar en medio de la diction que corria tan magestuosa y tan arrebatadora.

Piéñese finalmente para acomodarse en todos los casos á un principio general é indefectible, en la diferencia que hay entre la parte de afectos, y las demas que constituyen el discurso parlamentario. En todas las otras habla el alma que marcha tranquila y graciosamente, que reflexiona, que calcula, que examina, que mide las frases y hasta las voces con el compás de la crítica y de la inteligencia. En la parte de afectos el alma calla para que el corazon hable: mas éste habla como habla la tempestad cuando la furia de los aquilones la arroja sobre los picos de las montañas ó sobre los senos ocultos de dilatados valles: habla con voz omnipotente que nos recuerda la voz de Dios: habla sin buscar pensamientos

finos y delicados, porque este análisis y esta serenidad no se avienen con su agitacion y con su fuego: habla como instrumento ó intérprete de una inspiracion á que no puede resistir, como la Pitonisa no podia luchar con el espíritu que la poseia y que causaba sus contorsiones. El corazon en estos instantes dá libre curso á su pasion, grande, arrebatador, indomable. Su voz es la detonacion que lanza el rayo sobre la tierra. Es la erupcion del volcán que arroja por su boca la lava inflamada que guardaba y revolvía en sus entrañas.

